

## LA PRISIÓN

Constantino, había pasado más de  $\frac{3}{4}$  de su vida en prisión. Lo terrible del caso era que había entrado en esa cárcel por propia voluntad, pensando que le sería posible salir, fácilmente cuando lo decidiera.

Había entrado, siendo muy joven, ignorando consejos en contrario.

La mayoría de las personas que lo querían, le habían advertido que aunque quisiera, una vez encerrado por un período determinado (no muy largo) de tiempo, le sería imposible, o al menos muy dificultoso, salir.

Sin embargo, la amplitud de las puertas de acceso, la enorme cantidad de personas que deambulaban en apariencia despreocupadas y de manera aparentemente voluntaria en todas las direcciones del enorme ámbito carcelario, cuyo sistema parecía ser de puertas abiertas, en conjunto con un poquito de omnipotencia, hicieron que desoyera tales advertencias.

Por otra parte, no encontraba que la prisión fuera de ninguna manera, lo suficientemente atractiva como para retenerlo.

Era cierto que una vez superada una sensación de desagrado inicial, comenzó a disfrutar de los recreos, en los que podía compartir buenos momentos con los nuevos amigos que había hecho, pero era también cierto que, al poco tiempo, el placer de los recreos, comenzaba a contrabalancearse con un displacer que resultaba de no disfrutar y más bien a sufrir, las prolongadas estadías en la celda que le habían asignado.

La crueldad del lugar se patentizaba en sus reglas no escritas.

El requisito era el encierro casi continuo, alternando con recreos cortos y no siempre posibles.

Existía una regla impuesta por el alcalde de la cárcel inamovible, e igual para todos, que castigaba cada recreo tomado por los presidiarios, adicionando más tiempo a la condena, de forma tal que tomar un número importante de recreos, podía significar, la extensión automática de la pena, la aplicación de tormentos físicos particularmente crueles y estos, en numerosos casos, podían terminar directamente en la pena de muerte.

Por otra parte, ahora comprendía a quienes le habían advertido para que no entrara, ya que sin saberlo a ciencia cierta había caído en una trampa que no identificaba claramente pero que consistía en sobrevalorar el valor del recreo, que en el contexto del encierro parecía imprescindible, siendo la espera del próximo, el precio a pagar para poder disfrutarlo.

El espacio interior de la cárcel, particularmente las celdas, se había tornado con el tiempo, cada vez más desagradable, y la sensación de encierro, miedo y desagrado se tornaba creciente en general, para todos los prisioneros.

Frío, humedad, mugre, olores nauseabundos, alimañas, ratas, desvencijados y malolientes camastros, rejas, escasez de comida y agua, se sumaban a la amenaza constante de los guardias, tan celosos de su tarea, siempre atentos y vigilantes llevando la cuenta de cada recreo, celosos de su función.

Autor: Dr. Carlos Lorente